

representaban en Praga la belleza encadenada a la adversidad.

La señora de Guiche había sido informada de lo que yo había dicho al duque de Burdeos, y me comunicó que se quería alejar al señor de Barrande: que se trataba de llamar jesuitas, y que el señor de Damas había suspendido, pero no abandonado, sus propósitos.

Existía un triunvirato compuesto del duque de Blacas, del barón de Damas y del cardenal Latil, que aspiraba a apoderarse del futuro reinado, aislando al joven rey y educándole en principios y por hombres antipáticos a Francia. El resto de los habitantes del palacio intrigaba contra el triunvirato; los mismos infantes se habían puesto al frente de la oposición. Esta, sin embargo, tenía diferentes matices; el partido Gontaut no era completamente el partido Guiche; la marquesa de Bouillé, tráfuga del partido Berry, se ponía del lado del triunvirato con el abate Moliney. La Delfina, colocada a la cabeza de los imparciales, no era precisamente favorable al partido de la joven Francia, que representaba el señor de Barrand; pero, como mimaba al duque de Burdeos, se inclinaba con frecuencia hacia su lado, y le sostenía contra su gobernador.

La señora de Agoult, adicta en cuerpo y alma al triunvirato, no gozaba de otro crédito con la Delfina que el de la presencia y el de la importunidad.

Después de haber cumplimentado a la señora de Guiche, me fui a ver a la señora de Gontaut, la cual me esperaba con la princesa Luisa.

La infanta hace recordar un tanto a su padre: sus cabellos son rubios; sus ojos azules tienen una expresión de finura; pequeña para su edad, no está tan formada como la representan sus retratos. Toda su persona es una mezcla de niña, de joven y de princesa; mira con los ojos bajos, y sonríe con una sencilla coquetería que no carece de arte: no sabe uno si debe referirle cuentos de hadas o hacerle una declaración, o hablarle con respeto como a una reina. La princesa Luisa une a las habilidades de adorno bastante instrucción: habla inglés, y empieza a saber bien el alemán: hasta tiene un poco de acento extranjero, y principia ya a marcarse el destierro en su lenguaje.

La señora de Gontaut me presentó a la hermana de mi pequeño soberano; inocentes fugitivo, parecían dos gacelas

ocultas entre ruinas. Presentóse la señorita de Vachon, aya segunda, joven excelente y distinguida. Nos sentamos, y la señora de Gontaut me dijo:

«—Podemos hablar; la infanta lo sabe todo, y deplora con nosotros lo que vemos.»

«—¡Oh! — me dijo al mismo tiempo la princesa—. Esta mañana Enrique ha estado muy tonto; pero tenía miedo. El abuelo nos había dicho: «Adivinad a quién veréis mañana; ¡es un poder de la tierra!» Nosotros respondimos: «¡Pues bien, es el emperador!» «No», dijo el abuelo. Procuramos adivinarlo, pero no lo conseguimos. Entonces él nos dijo: «Es el vizconde de Chateaubriand.» Yo me di golpes en la frente por no haberlo adivinado.»

Y la princesa se golpeaba la frente, poniéndose encarnada como una rosa y sonriendo espiritualmente con sus hermosos ojos tiernos y húmedos; yo me moría del deseo de besar respetuosamente su manecita blanca.

«—¿No oyó — continuó ella — lo que le dijo Enrique cuando le encargó que se acordara de usted? Pues dijo: ¡Oh! sí, ¡siempre! ¡pero lo dijo tan bajo! Tenía miedo de usted y de su ayo. Yo le hacía señas, ¿se ha fijado usted? Esta tarde, estará contento; él hablará, ya lo verá usted.»

La solicitud que a la joven princesa inspiraba su hermano era encantadora; yo casi me hacía reo del delito de lesa majestad, lo que, siendo advertido por la princesa, le daba un aspecto de conquista muy gracioso, y procuré tranquilizarla sobre la impresión que me había dejado Enrique.

«—Me alegraba mucho — me dijo — oírle hablar a usted de mamá en presencia del señor de Damas. ¿Quedará pronto en libertad?»

Sabido es que yo tenía una carta de la duquesa de Berry para los príncipes; mas no les hablé de ella, porque ignoraban los detalles posteriores al cautiverio. Dicha carta me la había pedido el rey; pero no creí que me fuese permitido dársela, sino que debía entregarla a la Delfina, a quien era yo enviado, y que entonces tomaba las aguas de Carlsbad.

La señora de Gontaut me repitió lo que me habían dicho la señora de Cossé y la señora de Guiche. La princesa gemía con seriedad de niña. Habiendo hablado su aya de la despedida del señor de Barrande y de la probable llegada de un

jesuita, la princesa Luisa cruzó las manos y dijo suspirando:

«—¡Esto será muy impopular!»

Yo no pude dejar de reírme; también se echó a reír la princesa, poniéndose, no obstante, colorada como siempre.

Para la audiencia del rey me faltaban aún algunos instantes; así es que subí de nuevo a la calesa, y fui a buscar al gran burgrave, el conde de Chotek, que vivía en una casa de campo, a media legua fuera de la ciudad, del lado del palacio. Habiéndole encontrado en casa, le di las gracias por su carta, y él me invitó a comer el lunes, 27 de mayo.

CONVERSACIÓN CON EL REY. — ENRIQUE V. — COMIDA Y REUNIÓN EN HRADSCHIN. — VISITAS. — MISA. — GENERAL SKRZYNECKI. — COMIDA EN CASA DEL GRAN BURGRAVE.

Quando, a las dos, volví al palacio, fui conducido a la presencia del rey por el señor de Blacas. Recibíome Carlos X con su bondad de costumbre y aquella elegante facilidad de modales que la edad hace en él más perceptible; hizome sentar de nuevo al lado de la mesita, y he aquí la relación circunstanciada de nuestra conversación.

«—Señor: la duquesa de Berry me ha mandado que me presentara a V. M. y que entregara una carta a la Delfina. Ignoro lo que esta carta contiene, por más que esté abierta, porque está escrita con limón, lo mismo que la de los hijos; pero en mis dos credenciales, una ostensible y otra confidencial, María Carolina me explica su pensamiento. Pone, durante su cautiverio, como lo dije ayer a V. M., a sus dos hijos bajo la protección particular de la Delfina; además, me encarga que le dé cuenta de la educación de Enrique V, que aquí se le llama el duque de Burdeos; y, finalmente, declara la duquesa de Berry que se ha casado secretamente con el conde Héctor Luchessi Palli, hijo de una familia ilustre. Como estos enlaces secretos de las princesas, de los que hay muchos ejemplos, no las privan de sus derechos, la duquesa de Berry pide que se le conserve el título de princesa francesa, la regencia y la tutela; interin se propone, para cuando esté libre, venir a Praga a abrazar a sus hijos y a poner sus respetos a los pies de V. M.»

El rey me respondió severamente, y

yo, bien o mal, saqué mi réplica de una recriminación.

«—Perdóneme V. M., pero me parece que se le han inspirado prevenciones. El señor de Blacas debe ser enemigo de mi augusta clienta.»

Carlos X me interrumpió:

«—No; pero ella le ha tratado mal, porque la impedía hacer necedades e intentar empresas locas.»

«—No a todos nos es permitido— respondí — hacer necedades de esta especie. Enrique IV peleaba como la duquesa de Berry, y, como ella, no siempre tenía él bastante fuerza. Señor — continué —, vos no queréis que la señora de Berry sea princesa de Francia; pero lo será a pesar vuestro, porque el mundo entero la llamará siempre *la duquesa de Berry*, la heroica madre de Enrique V; puesto que su intrepidez y sus tormentos lo superan todo. V. M. no puede ponerse al nivel de sus enemigos; y, ya que os es tan difícil perdonar la gloria de una mujer, no podéis, imitando al duque de Orleans, desear que se deshonne con el mismo golpe a los hijos y a la madre.»

«—¡Pues bien! señor embajador— dijo el rey con énfasis benévolo —, vaya la duquesa de Berry a Palermo, viva allí conyugalmente con el señor Luchessi, a la vista de todo el mundo, y entonces se dirá a los hijos que su madre está casada y ella vendrá a abrazarlos.»

Conoció que había adelantado bastante el asunto: los puntos principales estaban ganados en sus tres cuartas partes, a saber la conservación del título y la admisión en Praga en un tiempo más o menos lejano. Mudé de conversación, seguro de acabar mi obra con la Delfina. Los caracteres testarudos se resisten a la insistencia y se echa a perder todo con ellos cuando se pretende obtenerlo todo en lucha abierta.

En interés del porvenir, pasé a hablar de la educación del príncipe; mas sobre este asunto se me comprendió poco, porque la religión ha hecho de Carlos X un solitario, y sus ideas son monásticas. Solté algunas expresiones acerca de la capacidad del señor de Barande y la incapacidad del señor de Damas, y el rey me dijo:

«—El señor de Barande es un hombre instruido, pero tiene demasiado trabajo; habíase elegido para enseñar las ciencias exactas al duque de Burdeos, y lo enseña todo, geografía, historia, latín. A fin de aminorar el trabajo del señor Ba-

rande, había llamado al abate Mac-Carthy; pero ha muerto, y he puesto los ojos en otro preceptor que llegará pronto.»

Estas palabras me hicieron estremecer; porque el nuevo preceptor evidentemente no podía ser más que un jesuita en reemplazo de otro jesuita, y, en el estado actual de la sociedad en Francia, concebir solamente Carlos X la idea de poner un discípulo de Loyola al lado de Enrique V bastaba para desesperar de la raza.

Quando volví de mi asombro, dije:

«—¿No teme el rey el efecto que producirá en la opinión el elegir un preceptor de entre las filas de una sociedad célebre, pero calumniada?»

El rey exclamó:

«—¡Vaya! ¿todavía está con los jesuitas?»

Hablé al rey de las elecciones y del deseo que tenían los realistas de saber su voluntad, y me respondió:

«—Yo no puedo decir a un hombre: Preste juramento contra su conciencia; sin duda, los que creen deber prestarlo, obran con buena intención. Querido amigo: no tengo prevención alguna contra los hombres y me importa poco su vida pasada, cuando quieren sinceramente servir a Francia y a la Legitimidad. Los republicanos me escribieron a Edimburgo; acepté, en cuanto a sus personas, todo lo que me pedían; mas quisieron imponerme condiciones de gobierno y las rechazé: jamás cederé en cuanto a los principios, pues quiero dejar a mi nieto un trono más sólido que el mío. ¿Son, por ventura, los franceses hoy día más felices y más libres que lo eran conmigo? ¿Pagan menos contribución? ¿Qué vaca de leche mejor que esta Francia! Pero, si yo me hubiese tomado la cuarta parte de libertades que se ha tomado el duque de Orleans, ¡cuántos gritos! ¡cuántas maldiciones! Ellos conspiraban contra mí, lo han confesado: quise defenderme...»

El rey se detuvo como turbado por el número de sus ideas y por temor de decir algo que me ofendiese.

Todo esto estaba bien, pero, ¿qué entendía Carlos X por los principios? ¿Se había explicado la causa de las conspiraciones, verdaderas o falsas, urdidas contra su gobierno? Después de un momento de silencio, prosiguió:

«—¿Cómo se conducen sus amigos los Bertin? No tienen de qué quejarse de mí, usted lo sabe; no obstante, son muy

rigurosos con un hombre desterrado que no les ha hecho mal alguno, a lo menos que yo sepa. Pero, mi amigo, no deseo mal a nadie, cada cual se conduce como sabe.»

Esta apacibilidad de temperamento y esta mansedumbre cristiana de un rey echado y calumniado, hicieron asomar las lágrimas a mis ojos. Quise decir algunas palabras de Luis Felipe.

«—¡Ah!...—respondió el rey— el duque de Orleans... ha juzgado... ¿qué quiere usted?... los hombres son así.»

No pudo salir de la boca del anciano, tres veces desterrado, una palabra amarga, un reproche ni una queja; y, no obstante, manos francesas habían decapitado a su hermano y atravesado el corazón de su hijo; ¡tan memorativas e implacables han sido estas manos para él!

Elogié al rey con toda la efusión de mi alma, y con acento conmovido le pregunté si entraba en sus cálculos el hacer cesar todas esas correspondencias secretas, y despedir a todos esos comisionados, que estaban engañando la legitimidad hacía cuarenta años. Aseguróme que estaba decidido a poner término a los enredos ineficaces, a cuyo efecto, decía, tenía ya designadas algunas personas graves, en cuyo número me encontraba, para constituir en Francia una especie de consejo propio que le instruyera de la verdad; todo lo que me explicaría el señor de Blacas. Supliqué a Carlos X que me permitiera reunirme a sus servidores y que me oyera, y me dirigió al señor de Blacas.

Pregunté al rey su modo de pensar acerca de la época de la mayoría de Enrique V y le hablé de hacer entonces una declaración, como cosa útil. El rey, que interiormente no deseaba esta declaración, me invitó a que le presentara el modelo de ella, y respondí respetuosamente, pero con firmeza, que jamás extendería las fórmulas de una declaración sin que su nombre se encontrara antes que el mío. El motivo que me obligaba a proceder así era el no querer tomar por mi cuenta los cambios eventuales introducidos en un acta cualquiera por el príncipe de Metternich y por el señor de Blacas.

Manifesté al rey que estaba demasiado lejos de Francia, y que habría tiempo de hacer dos o tres revoluciones en París antes de saberlas él en Praga; a lo que me contestó que el emperador le

había dejado en libertad de elegir el lugar de su residencia en todos los Estados austriacos, excepto el reino de Lombardía.

«—Pero — añadió S. M. —, las ciudades habitables en Austria están todas a poca diferencia a la misma distancia de Francia, y en Praga, vivo por nada, a cuyo cálculo me obliga mi posición.»

¡Qué noble cálculo éste para un príncipe que había gozado durante cinco años de una lista civil de 20 millones, sin contar las residencias reales; para un príncipe que había dejado a Francia la colonia de Argel y el antiguo patrimonio de los Borbones, valuado en 25 o 30 millones de renta!

«—Señor—le respondí—, vuestros fieles súbditos han pensado a menudo que vuestra real indigencia podía tener necesidades, y todos están dispuestos, cada uno según su fortuna, a hacer desembolsos, a fin de libraros de la dependencia del extranjero.

«—Creo, mi querido Chateaubriand, que es usted poco más rico que yo—dijo el rey riendo—. ¿Cómo ha pagado su viaje?»

«—Señor, me hubiera sido imposible llegar hasta vos; si la duquesa de Berry no hubiese dado orden a su banquero, el señor Jauge, que me entregara seis mil francos.

«—¡Esto es muy poca cosa!—exclamó el rey—, ¿tiene necesidad de un suplemento?»

«—No, señor; para ir bien, aún debería devolver alguna cosa a la pobre prisionera; pero sé regatear poco.

«—¿Creo que en Roma estaba usted hecho un gran señor?»

«—Siempre he comido con mucha conciencia lo que el rey me ha dado, pero no me ha quedado nada.

«—Sabe usted que tengo siempre a su disposición su sueldo de par; no lo ha querido usted.

«—No, señor, porque tenéis servidores más infelices que yo; ya me sacasteis de apuro con los 20.000 francos que todavía se me adeudaban como embajador en Roma, a más de los 10.000 que había tomado prestados a vuestro gran amigo el señor Laffite.

«—Se los debía a usted—dijo el rey—, y esto todavía no era lo que había usted dejado de percibir de sus asignaciones al hacer su dimisión de embajador, que, entre paréntesis, me hizo bastante daño.

«—Sea como fuere, señor, debido o no,

el caso es que al venir V. M. a mi socorro, me sirvió a tiempo, y yo le devolveré su dinero cuando pueda, pero no ahora, porque estoy pobre como un ratón. Mi casa de la calle del Infierno no está pagada; vivo confundido con los pobres de mi esposa, esperando la habitación que ya visité en casa del señor Gisquet, por haber hablado de V. M. Cuando paso por una población, me informo en seguida de si hay en ella hospital; y si lo hay, duermo tranquilo; porque, en teniendo casa y comida, ¿qué más se necesita?»

«—¡Oh! esto no acabará así. ¿Cuánto necesitaría usted, Chateaubriand, para ser rico?»

«—Señor, perderíais el tiempo en saberlo, porque esta mañana me daríais cuatro millones y por la tarde no tendría un ardite.»

El rey me tocó el hombro con la mano.

«—¡Sea así! pero, ¿en qué diablo empleáis el dinero?»

«—A fe mía, señor, no lo sé, porque no tengo ningún vicio, ni hago gasto alguno: ¡es incomprendible! Soy tan necio, que al entrar en el ministerio de Estado no quise tomar los 25.000 francos para gastos de establecimiento, y al salir tuve a menos el tomarlos de los fondos secretos. Pero vos me habláis de mi fortuna, para evitar hablarme de la vuestra.

«—Es cierto — dijo el rey—; pero he ahí mi confesión a mi vez: gastando mis capitales por partes iguales anualmente, he calculado, en la edad que tengo, poder vivir hasta mi última hora sin necesitar a nadie. Con todo, si me encontrara en la miseria, preferiría recurrir, como me lo propone usted, a los franceses que a los extranjeros. Se me ha ofrecido abrir empréstitos, entre otros uno de 30 millones, que se hubiera realizado en Holanda; pero he sabido que dicho empréstito, cotizado en las principales bolsas de Europa, haría bajar los fondos franceses, y esto me ha impedido aceptar el proyecto; porque nada de lo que perjudique la fortuna pública de Francia, puede convenirme.»

¡Sentimiento digno de un rey!

En esta conversación se advertirá la generosidad de carácter, la benignidad de costumbres y el buen sentido de Carlos X. Para un filósofo hubiera sido un espectáculo curioso el del súbdito y del rey haciéndose preguntas acerca de su fortuna y haciéndose confidencias mu-

tuas de su miseria en el interior de un palacio que se había pedido prestado a los reyes de Bohemia.

Praga, 25 y 26 de mayo de 1833.

Al salir de esta conferencia asistí a la lección de equitación de Enrique. Montó dos caballos, el primero sin estribos, trotando a la larga, y el segundo con ellos dando vueltas sin tener la brida, con una varilla pasada entre la espalda y brazos. El príncipe es atrevido, y, con su pantalón blanco, su chaqueta, gorguerita y gorra está muy elegante. El señor O'Hégerty, padre, caballero instructor, gritaba:

«—¡Cómo está ahí esa pierna! ¡está como un palo! ¡dejadla caer! ¡Bien! ¡detestable! ¿qué tenéis, pues, hoy?»

Acabada la lección, el joven paje-rey se paró en medio del picadero, se quitó precipitadamente su gorra para saludarme en la tribuna en que estaba con el barón de Damas y algunos franceses, y se apeó ligero y gracioso como el pequeño Jehan de Saintré.

Enrique es delgado, ágil, bien formado; tiene el cabello rubio y los ojos azules, con una expresión en el ojo izquierdo que recuerda la mirada de su madre. Sus movimientos son precipitados; se os acerca con franqueza; es curioso y preguntón; pero no tiene nada de la pedertería que le atribuyen los periódicos, pues es un verdadero muchacho, como todos los muchachos de doce años. Al darle la enhorabuena por su buen aire a caballo, me dijo:

«—No ha visto usted nada, debía verme en mi caballo negro, que es malo como un diablo; pero que, a pesar de tirar coeces y arrojarme al suelo, lo monto otra vez y saltamos la barrera. El otro día se dió un golpe y tiene la pierna gruesa como esto. ¿No es verdad que es hermoso el último caballo que he montado? Pero hoy no tenía ganas de montar.»

Enrique detesta al presente al barón de Damas, cuyo semblante, carácter e ideas le son antipáticos. Frecuentemente se enfada con él, y, tras estos enfados, es preciso poner al príncipe en penitencia, a quien a veces se condena a permanecer en cama; castigo necio: viene de improviso el abate Moligny, que confiesa al rebelde y pretende atemorizarlo hablándole del diablo; pero el obstinado no escucha nada y rehusa comer. Entonces la Delfina da la razón a Enrique,

que come y se burla del barón. La educación recorre ese círculo vicioso.

El duque de Burdeos necesitaría una mano ligera que lo guiase sin hacerle sentir el freno, un ayo que fuera más bien su amigo que su maestro.

Si la familia de San Luis fuera, como la de los Estuardos, una especie de familia particular destronada por una revolución y confinada en una isla, el destino de los Borbones dentro de poco tiempo sería extraño a las generaciones nuevas; pero, como nuestro antiguo poder real no es esto, sino que representa el antiguo trono, de cuyo poder nació el pasado político, moral y religioso de los pueblos que se agrupan a su alrededor, la suerte de una raza tan entrelazada con el orden social que fué, y tan emparentada con el orden social que será, jamás puede ser mirada con indiferencia por los hombres. Sin embargo, por destinada que esté dicha raza a vivir, sería deplorable la condición de los individuos que la forman y a los cuales no daría tregua la suerte enemiga; todos, en perpetuo destierro, marcharían olvidados en línea paralela a lo largo de la gloriosa memoria de su familia.

No hay cosa más triste que la existencia de los reyes caídos; sus días no son otra cosa que un tejido de realidades y ficciones, porque continúan siendo soberanos en su hogar, entre sus criados y recuerdos, y apenas han pasado el umbral de su casa encuentran la verdad irónica en la puerta: Jaime II o Eduardo VII, Carlos X o Luis XIX, a puerta cerrada, llegan a ser, a puerta abierta, Jaime o Eduardo, Carlos o Luis, sin cifra, como los peones sus vecinos, teniendo el doble inconveniente de la vida de corte y de la vida privada; sin faltarles los aduladores, los validos, las intrigas y ambiciones de la una, y las afrentas, la angustia y las habladurías de la otra: es una continua mojiganga de criados y ministros, cambiando de trajes. Resulta que el humor se exagera, que disminuyen las esperanzas y se aumentan los pesares; se recuerda el pasado; se recrimina; se dirigen reproches tanto más amargos cuanto la expresión deja de estar reducida al buen gusto de una buena alcurnia y a la decencia de una fortuna superior; se vulgariza con los padecimientos vulgares, y los cuidados de un trono perdido degeneran en chismes de familia: así sucedió que los papas Clemente XIV y Pío VI

jamás pudieron restablecer la paz en la servidumbre del Pretendiente. Estos herederos reales sin corona están vigilados en medio del mundo, rechazados de los príncipes como infectados de adversidad y sospechosos a los pueblos como heridos por el poder.

Aunque se me había prevenido que podía asistir a la comida del rey con redingote y botas, fui a vestirme, porque el infortunio es de clase demasiado elevada para acercarse a él con familiaridad. Llegué al palacio a las seis menos cuarto; la mesa estaba puesta en una de las salas de entrada. En el salón encontré al cardenal de Latil, a quien no había visto desde que fué mi convidado en Roma, en el palacio de la embajada, cuando la reunión del Cónclave después de la muerte de León XII. ¡Cómo había cambiado la suerte para mí y para el mundo entre estas dos fechas!

Era el mismo clerguillo de vientre regordete, nariz puntiaguda y cara pálida, tal como le había visto encolorizado en la Cámara de los Pares, con un cuchillo de marfil en la mano. Asegurábase que no tenía influencia alguna y que se alimentaba en un rincón, dándole remoque, tal vez; pero hay crédito de diferentes especies, y el del cardenal, aunque oculto, no era menos cierto; pues lo sacaba de los muchos años que había pasado al lado del rey y del carácter de sacerdote. El abate de Latil ha sido un confidente íntimo: el recuerdo de la señora de Polastrón se adhiere a la sobrepelliz del confesor, y el encanto de las últimas debilidades humanas y la dulzura de los primeros sentimientos religiosos permanecen aún impresos en el corazón del anciano monarca.

Llegaron sucesivamente los señores de su izquierda, pues a la derecha estaba Blacas, de Damas, hermano del barón, O'Hégerty, padre, y los señores de Cossé. A las seis en punto apareció el rey, acompañado de su hijo, y en seguida nos sentamos a la mesa. El rey me colocó a su izquierda, pues a la derecha estaba el Delfín; el señor de Blacas se sentó en frente del rey, entre el cardenal y la señora de Cossé, y los demás invitados se colocaron a la aventura.

Los príncipes no comen con su abuelo más que los domingos, privándose así de la única felicidad que queda en el destierro, la intimidad y la vida de familia.

La comida fué de vigilia y bastante

mala. El rey me elogió un pescado del Moldau, que no valía nada. Cuatro o cinco ayudas de cámara, vestidos de negro, iban de una a otra parte como los legos en el refectorio; no había despensero alguno. Todos tomaban delante de sí y ofrecían de su plato: el rey comió bien, pidió y sirvió él mismo lo que le pedían, y estuvo de buen humor; porque se le había pasado el miedo que yo le había inspirado. La conversación giró en un círculo de lugares comunes, a saber: sobre el clima de Bohemia, la salud de la Delfina, mi viaje y las ceremonias de Pentecostés que debían tener lugar al siguiente día, sin mencionar para nada la política.

El Delfín, metida la nariz en su plato, interrumpió algunas veces su silencio, y una de ellas se dirigió al cardenal de Latil, diciéndole:

«—Príncipe de la Iglesia, ¿el Evangelio de esta mañana ha sido según San Mateo?»

»—No, monseñor, según San Marcos.

»—¿Cómo, San Marcos?»

Y con este motivo promovióse una discusión en la que quedó vencido el cardenal.

La comida duró cerca de una hora; levantóse el rey y le seguimos al salón. Encima de una mesa estaban los periódicos, y cada uno se sentó y se puso a leer acá y acullá lo mismo que en un café.

Entraron los príncipes, el duque de Burdeos conducido por su ayo, y la princesa por su aya, y fueron corriendo a abrazar a su abuelo y luego se precipitaron hacia mí. Nos pusimos en el alféizar de una ventana, que daba a la ciudad y tenía una vista magnífica, y, habiendo reiterado mi enhorabuena por la lección de equitación, la princesa se apresuró a repetirme lo que me había dicho su hermano, esto es, que no había visto nada y que estando cojo el caballo negro, no podía juzgar. La señora de Gontaut vino a sentarse a nuestro lado, y el señor de Damas un poco más lejos, escuchando, en un estado divertido de inquietud, como si me fuera a comer a su pupilo, soltando algunas frases en alabanza de la libertad de imprenta o en gloria de la duquesa de Berry. Si después del señor de Polignac me hubiera podido reír de un pobre hombre, me habría reído del miedo que le inspiraba. De repente me dijo Enrique: